

La misión de los fantasmas

Isaac
Palmiolo

Ilustraciones
Patri
de Pedro





Capítulo 1

Noelia está tan fascinada que casi no parpadea. Su boca está abierta en forma de o y sus ojos resplandecen por las ansias de aventura. Ella vive en Barcelona, y allí solo hay bloques de pisos, asfalto y coches humeantes. Nunca en la vida había visto tantos árboles juntos. Llevan un buen rato circulando por una carretera de curvas y allí los abetos gobiernan la montaña.

–Ya hemos llegado a Naveja –dice por fin su madre Dolo.

–¡Es muy bonito! –exclama su otra madre, Cindy. Como es inglesa, pronuncia las palabras un poco raro. Por ejemplo, ella no dice «bonito», sino «bonitou».

El corazón de Noelia se acelera mientras observa atentamente todas las casas del pequeño pueblo al que acaban de llegar. Sabe que una de ellas va a pertenecer a su familia, pero no sabe cuál es ni qué aspecto tiene.

El coche avanza a trompicones por el camino lleno de baches y deja atrás una docena de casas y una pequeña iglesia. El terreno es tan irregular que Dolo tiene que conducir muy poco a poco para no encallar en alguno de los muchos agujeros que encuentran por el camino.

A lo lejos, Noelia puede ver una antigua casa de piedra con un huerto. Le gusta tanto que cruza los dedos y pide un deseo.

—¡Por favor, dime que esta es la casa, mamá!

—Sí, es esta —confirma su madre Dolo sin ilusión en la voz—. Viví aquí hasta que cumplí dieciocho años...

Al llegar, Dolo para el motor y las tres se bajan del coche. Noelia corretea por el jardín y una sonrisa radiante se dibuja en sus labios. Nunca había respirado un aire tan fresco. Hay mariposas de colores revoloteando entre las flores, los grillos cantan muy fuerte y la inmensa casa de piedra que tiene delante le parece maravillosa, como sacada de un cuento de hadas. No se puede creer que a partir de ahora este sitio tan fabuloso pueda ser suyo.

Noelia se gira hacia sus madres. Dolo tiene los brazos cruzados, frunce las cejas y parece de mal humor. Su seriedad contrasta con la afable sonrisa de Cindy.

–Es muy bonito –repite con marcado acento inglés, y consuela a su esposa frotándole la espalda con afecto.

Ella también es la primera vez que visita Naveja y está alucinando con el paisaje. Noelia sabe que puede convertirse en una buena aliada para conseguir su propósito y se pone manos a la obra.

–¡Este lugar es increíble! –exclama con ojos de emoción–. Podríamos quedarnos con la casa y venir aquí de vez en cuando...

–Aquí no se nos ha perdido nada. –El tono de Dolo es seco como un bocado de arena y no admite discusión–. Mañana por la mañana pondré a la venta la casa.



Capítulo 2

Cada minuto que pasa, Noelia está más convencida de que la casa de los abuelos es maravillosa. Tiene un montón de habitaciones, un sótano lleno de polvo, y está segura de que esconde un montón de secretos.

—¡Diez minutos y nos vamos, Noelia!— grita su madre Dolo desde el piso de abajo, pero la niña casi no la escucha.

Ha encontrado una escalera que sube

hasta el desván y el corazón empieza a latirle con fuerza.

—¿Me has oído, Noelia?! —Ahora la voz de su madre suena un poco irritada—. ¡Diez minutos y nos vamos!

—¡Vale! —contesta ella, y sus ojos verdes vuelven a clavarse en la escalera.

Tiene diez minutos y los aprovechará. Se sube en la escalera y empieza a escalar. Los peldaños están tan polvorientos que sus manos dejan marca en la madera podrida. ¿Cuánto tiempo hará que nadie ha subido hasta allí arriba? Seguro que muchísimo, porque, cuando alcanza el desván, estornuda a causa del polvo acumulado.

Una rendija de luz se cuele por una estrecha ventana e ilumina la pequeña sala. Nunca había visto tantas telarañas juntas, pero el lugar le parece fascinante. Está lleno de

muebles y trastos viejos tan antiguos que ni siquiera sabe para qué sirven. Se agacha delante de una mesita de noche y abre el primer cajón. Sus ojos se iluminan al ver lo que hay dentro. Saca el objeto y lo contempla a la luz del sol. Es un fino collar con dos anillos dorados encastrados que tintinean al entrechocar. La joya brilla mucho. Noelia juraría que es muy antigua y que está hecha de oro. Debe de ser muy valiosa.

Y entonces Noelia se pone el collar...

¡FLOP! ¡FLOP!

De repente, dos nubes del tamaño de un puño empiezan a flotar delante de su cara. Noelia da un paso atrás y todos los músculos de su cuerpo se ponen en tensión.

—¡Por fin! —exclama la primera nube, con voz de hombre—. Llevo tanto tiempo aquí encerrado que ni me acuerdo de cómo me llamo...

–Te llamas Ajo –responde la otra nube, con voz de mujer–. Porque apesta más que el ajo...

–¡Y tú te llamas Cebolla! ¡Estar tan cerca de ti es inaguantable!

Noelia se queda pasmada mientras las dos voces discuten sobre quién de los dos es más appestoso. Nunca ha conocido ningún fantasma, pero no se le ocurre qué otra cosa podrían ser.

–Disculpad, señores, ¿no seréis fantasmas, por casualidad?

–Por supuesto –responde Cebolla–. Somos fantasmas desde hace muchos siglos...

–Demasiados siglos, diría yo –añade Ajo–. La peste a cebolla es terrible. Se te queda pegada y nunca acaba de salir del todo...

Noelia está extrañada. Se supone que los fantasmas dan miedo, pero Ajo y Cebolla le parecen más bien graciosos.

—¿Y qué hacéis dentro de este collar? —pregunta ella.

—La niña no sabe nada de fantasmas, ¿te das cuenta? —comenta Ajo, y luego le habla a Noelia—. Todos los fantasmas tenemos que cumplir una misión. Y cuando la cumplimos, por fin podemos descansar en paz...

—¿Y cuál es vuestra misión? —quiere saber Noelia.

Los dos fantasmas se quedan callados unos instantes, como si no lo tuvieran muy claro.

—Bueno..., pues... —murmura Cebolla—. Nuestra misión debe de ser... ¿ayudarte?

—¡Sí, claro! —exclama Ajo—. Tú nos has encontrado y ahora tenemos que ayudarte. ¿Cuál es tu propósito, niña? ¿Qué quieres conseguir? Sea lo que sea, nosotros te ayudaremos...

Noelia no sabe qué responder. Ella no tiene ningún propósito.

—¡Noelia! —grita a lo lejos la voz de su madre Dolo—. ¡Nos vamos YA!

—Lo siento, ahora tengo que irme —se disculpa Noelia.

Y... ¡FLOP! ¡FLOP!

Los dos fantasmas vuelven a sus anillos y Noelia se apresura a salir del desván. Está tan excitada que no puede evitar bajar corriendo hasta la planta baja. Su madre Dolo se lleva las manos a la cabeza cuando la ve llegar.

—¿Se puede saber dónde te has metido?!
¡Estás llena de polvo!

—¡Mira qué he encontrado, mamá!

Dolo se queda mirando el collar con los dos anillos durante unos instantes.

—Puedes quedártelo —dice finalmente—. Pero no lo pierdas. Estos anillos son de oro...

–¡Son más valiosos que el oro! –replica Noelia–. Dentro hay dos fantasmas y van a ayudarme a conseguir un propósito...

–Vale, vale... –responde Dolo, y al instante parece olvidarse del tema–. Tenemos que cambiarnos de vestido y marcharnos enseguida o llegaremos tarde.

Está claro que su madre no se cree lo de los fantasmas.

